



FACULTAD DE TEOLOGÍA  
SAN VICENTE FERRER

# ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA  
Nueva Serie. Año III 2016 Núm. 5

## ÍNDICE

Pág.

José Vidal Talens: <b>¿Por qué un jubileo de la misericordia? Signos de los tiempos que apelan a la misericordia</b> .....	1
Gonzalo Albero Alaborn: <b>Hacia un nuevo tipo de racionalidad: la razón misericordiosa</b> .....	41
Fernando E. Ramón Casas: <b>Un Dios compasivo y fiel. La misericordia en el Antiguo Testamento</b> .....	57
Juan Miguel Díaz Rodelas: <b>La enseñanza y los signos de Jesús. La misericordia, núcleo del Evangelio</b> .....	75
Mariano Ruiz Campos: <b>La persona de Jesús, revelación de un amor sin límites: misericordia y trinidad</b> .....	97
José Ramón López de la Osa González: <b>La justicia y la compasión Dos actitudes complementarias de la ética</b> .....	109
José Luis Segovia Bernabé: <b>La justicia restaurativa como expresión de la misericordia</b> .....	127
Alfonso Esponera Cerdán: <b>De la reflexión medieval sobre la justicia y misericordia a la problemática contemporánea. Luces y sombras</b> .....	147
Recensiones .....	177
Publicaciones recibidas .....	213

ESCRITOS  
DEL VEDAT

# LA ENSEÑANZA Y LOS SIGNOS DE JESÚS. LA MISERICORDIA, NÚCLEO DEL EVANGELIO\*

*Juan Miguel Díaz Rodelas\*\**

## RESUMEN

La misericordia es contenido esencial del Evangelio de Jesús de Nazaret; tal contenido lo acentúa sobre todo el evangelista S. Lucas desde las primeras páginas de su obra, tanto en sus materiales exclusivos como en la elaboración de la tradición común. Las parábolas, muy especialmente, pero también la actuación del profeta de Nazaret, “poderoso en obras y palabras”, desvelaron “la misericordia entrañable de Dios” y al propio Jesús como rostro visible de esa misericordia. Pero el mensaje jesuánico sobre la misericordia transmitido por el tercer evangelista insiste igualmente en la necesidad de que los humanos la acojan convirtiéndose a ella y dejándose contagiar por ella.

## PALABRAS CLAVE

Misericordia, fidelidad, conversión, parábolas.

## ABSTRACT

Mercy, is an essential content of the Gospel of Jesus of Nazareth. This virtue is especially underlined by Luke from the very beginning of his work, both in the elaborated materials used by him as in the way he managed the common tradition. Particularly in the parables, but also the

---

\* Conferencia pronunciada el 18 de noviembre de 2015, en el Curso de Formación Permanente 2015-2016 “Contemplar el misterio de la Misericordia”.

\*\* Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia (España).

activity of the Prophet of Nazareth, “mighty in facts and words” revealed “the tender of God's mercy” and Jesus himself, as the visible manifestation of this mercy. But Jesus' message on mercy also underlines the need for humans to the openness to this mercy, and being deeply affected by it, be leads to conversion.

#### KEY WORDS

Mercy, fidelity, conversion, parables.

#### INTRODUCCIÓN

Después de los saludos que abren, como en todas las cartas, la que conocemos como 2 Corintios, Pablo introduce una típica *beraká*, que, lógicamente, dirige a Dios, a quien presenta como “el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo” (2Cor 1,3).

Esta forma de referirse a Dios constituye uno de los muchos signos de que los primeros cristianos tenían conciencia muy clara de que el Dios que se había revelado en Cristo era el Dios que había creado los cielos y la tierra, había elegido a Abrahán como germen de un pueblo tan numeroso como las estrellas del cielo, había liberado a Israel por medio de Moisés de la esclavitud de Egipto, le había revelado su santa Ley en el Sinaí, lo había conducido durante cuarenta años por el desierto, lo había introducido en la tierra y, pasando por alto las muchas infidelidades del pueblo, le había mostrado permanentemente su fidelidad. Fue precisamente el contraste entre la fidelidad de Dios y la infidelidad del pueblo lo que permitió a Israel descubrir el rostro del Dios que es “lento a la ira y rico en misericordia y lealtad” (Ex 34,6), o, según se recuerda una y otra vez en la Escritura y se recoge en las bendiciones judías, el Dios que es “compasivo y misericordioso”.<sup>1</sup>

Pues bien, ese convencimiento fundamental de los hijos de Israel subyace a mi entender a la presentación que, como queda indicado, hace

---

<sup>1</sup> Sobre el mensaje de la misericordia divina en el AT., cfr. RAMÓN CASAS, F., “Un Dios compasivo y fiel. La misericordia en el Antiguo Testamento”, *Anales Valentinus. Nueva Serie* 5 (2016) 57-74.

Pablo en 2Cor 1,3 del “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” como el “Padre de las misericordias”.

Al igual que otros componentes del pensamiento paulino, tal consideración de Dios forma parte del patrimonio común del cristianismo naciente, que, en definitiva, hunde sus raíces en la predicación y en la actuación de Jesús de Nazaret, a quien, como es bien sabido, ha presentado el Papa Francisco como “rostro de la misericordia del Padre”<sup>2</sup> en su Bula de convocatoria del Jubileo de la Misericordia. De hecho, de todos los escritos del Nuevo Testamento, es sobre todo en los evangelios donde más se usan los términos relacionados con la misericordia, que, como se nos indicaba el último día en el acercamiento al tema desde el AT, son, en nuestra lengua, los sustantivos “misericordia/compasión” y “entrañas”, tres formas del verbo “compadecerse/tener misericordia” y otras tres del adjetivo “compasivo/misericordioso”.<sup>3</sup> Una estadística de dicho uso podría ayudarnos a visualizar lo que acabo de afirmar: del total de 96 usos del referido vocabulario, unos 40 se concentran en los 3 evangelios sinópticos.<sup>4</sup>

Manteniéndonos en el campo de las estadísticas y avanzando a partir de ellas parece más que justificado tanto el título que han querido dar a esta intervención sus organizadores, como la traducción que un servidor ha hecho de la misma al pasar de la referencia a Pablo al conjunto del NT: el anuncio cristiano de la misericordia hunde sus raíces en en la enseñanza y en los signos, es decir, en la predicación y la actuación, de Jesús de Nazaret, rostro visible de la misericordia del Dios invisible. De hecho, de los citados 40 usos del vocabulario de la misericordia en los evangelios sinópticos a que me acabo de referir, 11 se relacionan de un modo u otro con Dios; 22 con Jesús;<sup>5</sup> y 11 con los hombres.

He tomado este último dato estadístico como base para dividir mi intervención en tres partes, a cuyo desarrollo seguirá una conclusión, que presentaré, sin embargo, como comentario a la parábola del rico sin

<sup>2</sup> *Misericordiae vultus* 1.

<sup>3</sup> Más precisamente se trata de los sustantivos *ελεος*, *οικτιρος* (que se usa siempre en plural: *οικτιρμοι*) y *σπλαγχνον* (también usado siempre en plural: *σπλαγχνα*), los verbos *ελεω/ελεωω*, *σπλαγγιζομαι* y *οικτιρω* y, finalmente, los adjetivos *ελεμων*, *πολυσπλαγχνος* y *οικτιμων*: cfr. RAMÓN CASAS, F., “Un Dios compasivo y fiel”.

<sup>4</sup> La literatura joánica sólo usa el vocabulario de la misericordia en 1 y 2 Jn.

<sup>5</sup> De estos 20 usos, 9 de ellos presentan a Jesús compadeciéndose y 13 a diversas personas pidiéndole que tenga compasión.

nombre y del pobre Lázaro, que sólo encontramos en el Evangelio según S. Lucas. Precisamente la presencia de este y de otros materiales de la tradición sobre Jesús que acentúan de diversos modos el tema de la misericordia ha merecido que el primer libro de S. Lucas reciba, entre otros, el nombre de “Evangelio de la misericordia”. Evoco esta denominación para justificar que en la exposición que sigue recurra principalmente a textos del tercer Evangelio; a los de S. Mateo y S. Marcos me referiré únicamente en la medida en que sirvan para iluminar lo que digamos del de S. Lucas.

## 1. LA MISERICORDIA ENTRAÑABLE DE DIOS

### *En los comienzos del Evangelio*

El nombre de “Evangelio de la misericordia” encuentra su apoyo desde los primeros compases del Evangelio según S. Lucas, es decir, desde los dos capítulos que dedica su autor a “los orígenes de Jesús” (Lc 1,5-2,52).

Cuando todo está preparado, es decir, después de los relatos sobre el anuncio del nacimiento de Juan (Lc 1,5-25) y de Jesús (Lc 1,26-38), María presenta las grandezas que Dios ha hecho en ella como manifestación de la misericordia que llega a sus fieles de generación en generación (1,49-50); además proclama las proezas de su brazo como “memorial de la misericordia” (1,54). El tema de la misericordia se intensifica en el relato del nacimiento del Bautista, cuyo nombre encarna la gran misericordia (1,13.60.63) que Dios había realizado en el pasado en favor de los padres (1,72) y recientemente en favor de Isabel (1,58); de acuerdo con el significado de su nombre, Juan irá delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando la salvación (1,76-77) y la visita del sol que iba a nacer de lo alto como expresión inaudita de la entrañable misericordia (literalmente: “de las entrañas de misericordia”) del Dios de Israel (1,78).

### a) Misericordia y fidelidad

Estos primeros usos del vocabulario de la misericordia en el Evangelio según S. Lucas dejan clara una cosa: hablar de la misericordia

de Dios es hablar de su fidelidad; es decir, la misericordia de Dios es expresión de su fidelidad: Por ello dice María que Dios ha actuado “*acordándose* de la misericordia, como *lo había prometido* a nuestros padres” (1,54). Zacarías, por su parte, relaciona la actuación divina con lo que Dios “*había predicho* desde antiguo por boca de sus santos profetas” (1,70) y la considera una realización de “la misericordia que tuvo con nuestros padres” movida por el *recuerdo* de su santa alianza... (1,72).

## b) Misericordia y amor

Esa misericordia que es manifestación de la fidelidad de Dios la vincula Zacarías con las “entrañas” divinas; tal relación se mantiene en el adjetivo “entrañable” que califica al sustantivo misericordia en la traducción usual del *Benedictus*; en el original griego se concreta en la expresión “entrañas de misericordia”, más fuerte sin duda que el citado adjetivo; en todo caso, lo que se quiere decir es que la misericordia en que se expresa la fidelidad de Dios nace de su misma entraña, de lo más hondo de su ser.<sup>6</sup> Ello significa que la misericordia divina no tiene que ver, en primer término, con referencias externas a pacto alguno; ante todo porque el pacto, es decir, la alianza, es ella misma un don gratuito de Dios;<sup>7</sup> y además, porque Dios ejerce su fidelidad en favor de aquellos que le han sido infieles; de hecho, si atendiera al pacto, a la alianza, tendría que juzgarnos, con juicio de condena; tal convicción la expresa de manera acabada el Salmista en la súplica confiada que dirige a su Dios: “Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?” (Sal 130[129],3).<sup>8</sup>

Precisamente por ello, la fidelidad se manifiesta necesariamente como misericordia; y esta nace del ser mismo de Dios, que es amor; la misericordia es la expresión más acabada del ser de Dios.

---

<sup>6</sup> En la expresión “por las entrañas de misericordia de nuestro Dios”, “de misericordia” es “un genitivo calificativo y describe lo que hay en las “entrañas” de Dios, en la sede de sus sentimientos”: BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, I, Salamanca 1995, 160.

<sup>7</sup> Cfr. BONORA, A., “Alianza”, en *Nuevo diccionario de Teología Bíblica*, P. Rossano, G. Ravasi y A. Girlanda (dir.), Madrid 2001, 46-55.

<sup>8</sup> El “quien” de la pregunta que se hace el salmista incluye, sin duda a todos los humanos, pero de una forma especial contempla a los miembros del pueblo de la alianza, cuya infidelidad a su condición de tal se afirma, pues, de manera indirecta pero clara: cfr. ALONSO SCHÖKEL, L. – CARNITI, C., *Salmos II*, Estella 1993, 1523.

*Dios, Padre de misericordia: “Un hombre tenía dos hijos...” (Lc 15,11-32)*

Que esto sea así lo muestra de forma extraordinaria la parábola que solemos llamar del “hijo pródigo” y que, según se viene recalcando desde hace algún tiempo y tendríamos que asumir en nuestro vocabulario habitual, debería denominarse “del padre misericordioso”, puesto que en realidad es él el verdadero protagonista de la misma<sup>9</sup> (Lc 15,11-32).

### a) División

La parábola, que ha sido considerada como “la obra maestra de todas las parábolas de Jesús”,<sup>10</sup> es sobradamente conocida. Me limitaré, pues, a presentar su división y, al propio tiempo, los acentos que creo descubrir en ella. El texto puede dividirse en una introducción (15,11a),<sup>11</sup> que plantea la temática en términos muy generales y a la que siguen inmediatamente tres partes: la primera (11,11b-20a) relata la paulatina y completa transformación del hijo desde que exige al padre la parte que le correspondía de la fortuna paterna hasta verse reducido a una condición que, en confesión propia, era peor que la de los jornaleros de la casa paterna (cfr. 15,17);<sup>12</sup> es la parte más extensa; yo diría que esa mayor extensión es necesaria, pues pone las bases sobre las que se construyen tanto la segunda como la tercera parte. En todo caso, la susodicha primera parte desemboca y alcanza su punto culminante en la confesión que el hijo prepara a distancia para cuando llegue el momento de expresarla ante su padre: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros” (15,18b-19a).

<sup>9</sup> Cfr. FITZMYER, J.A., *El Evangelio según Lucas*, III, Salamanca 1987, 673; BARTOLOMÉ, J.J., *Jesús compasivo. Jesús de Nazaret, testigo de la misericordia del Padre*, Madrid 2016, 198.

<sup>10</sup> COMPTON, J.E., “The Prodigal’s Brother”, *Expository Time* 42 (1930-1931) 287, citado por FITZMYER, J.A., *El Evangelio según Lucas*, III, 673.

<sup>11</sup> La función introductoria de 15,11a parece suponerla también BOVON, F., *El Evangelio según San Lucas*, III, Salamanca 2004, 63, quien además ofrece la misma división que proponemos aquí; menos adecuada me parece la división en dos partes (15,11-24 y 25-32) que ofrece GÓMEZ ACEBO, I., *Lucas*, Estella 2008, 432, y en la que, al menos a primera vista, queda desdibujada la actuación del padre; en la misma línea, BARTOLOMÉ, J.J., *Jesús compasivo*, 196, quien, sin embargo, considera “relevante que las dos escenas se cierren con una frase del padre (15,24.32)”.

<sup>12</sup> “Aunque menor que la indigencia, tal estatus no era menos despreciado”: BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, III, 68.

La segunda parte (15,19b-24) se introduce en relación estrecha con la primera, aunque establece un enorme contraste entre la petición avergonzada y humilde del hijo y la actuación del padre, la cual se abre de forma extraordinaria con la reacción de este último ante la vista del hijo que se había levantado en tierras lejanas con el propósito de regresar adonde estaba el padre: “Cuando todavía estaba lejos, [...] lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos” (15,20). Es decir, el Padre siente en lo más profundo la vuelta del hijo (“se le conmovieron las entrañas”)<sup>13</sup> y, además, expresa sus sentimientos en una serie de gestos inequívocos de acogida. Al lector no le resulta difícil imaginar al padre esperando día a día ese momento;<sup>14</sup> de este modo, rellenando con su imaginación esa laguna narrativa, pasa por alto la confesión que el hijo había preparado con tanto cuidado —es decir, el lector es invitado a hacer lo que hace el padre— y escucha gozoso las órdenes que da este último a los criados, expresión clara del restablecimiento del hijo menor en la dignidad a la que había renunciado por decisión propia:<sup>15</sup> “Sacad...” (15,22-23a); y con el padre y los criados se dispone a celebrar el banquete por el hijo que estaba perdido y ha sido encontrado; estaba muerto y ha vuelto a la vida (15,23b-24).

Más allá del protagonismo y de la fuerza que tiene la figura del hijo mayor al comienzo de la tercera parte de la parábola (Lc 15,25-31), de esta última cabe señalar que el final, de la misma y del conjunto, lo ocupa la figura y sobre todo la palabra del padre, introducida con el famoso *dei*, “es preciso”, expresión de la guía divina de la historia del hoy de la salvación que Dios ha revelado y realizado en Jesucristo:<sup>16</sup> es “preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado” (Lc 15,31).

## b) Dios y su verdad más honda

Este final muestra con toda evidencia que, según indicábamos más arriba y sabemos todos, el centro de la parábola lo ocupa el padre,

---

<sup>13</sup> “El sentimiento del padre se adelanta a la confesión del hijo”: cfr. MARSHALL, I., *The Gospel of Luke*, Exeter 1978, 610.

<sup>14</sup> Cfr. RODRÍGUEZ CARMONA, A., *El Evangelio según San Lucas*, Madrid 2015, 278.

<sup>15</sup> BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, III, 69.

<sup>16</sup> FITZMYER, J. A., *El Evangelio según Lucas*, III, 687.

metáfora impresionante del Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, rico en misericordia y veraz. Esa es la verdad de Dios. Dios muestra su ser más hondo, su verdad más íntima, compadeciéndose y mostrando su misericordia con quienes, en palabras de Pablo, somos “objetos de ira destinados a la perdición” (Rom 9,22). Así nos lo enseñó Jesús. Y así tendríamos que resaltarlo en nuestro discurso sobre Dios.

## 2. JESÚS, PROFETA DE LA MISERICORDIA

### *El hijo mayor y las críticas a Jesús*

Esa verdad no supo captarla el hermano mayor, encerrado en su papel de buen hijo, cumplidor estricto de sus obligaciones como tal y, por ello mismo, encarnación perfecta de “los fariseos y los escribas”, quienes, al contemplar cómo los publicanos y los pecadores seguían acercándose a escuchar a Jesús, se reafirmaron en las críticas que le habían dirigido ya casi al principio de su vida pública, cuando aceptó la invitación al banquete que había organizado en su honor el publicano Leví, recién llamado al seguimiento (cfr. 5,27-30): “Ese acoge a los pecadores y come con ellos” (15,2).<sup>17</sup>

### *El hoy de la misericordia en la actuación de Jesús*

La de Leví había sido la primera expresión de la enseñanza de Jesús, el profeta de la misericordia, en el que se cumplieron las palabras sobre el siervo de Dios, sobre quien se había posado el Espíritu y a quien el Señor había ungido para “proclamar el año de gracia del Señor, anunciando la Buena Noticia a los pobres, la libertad a los cautivos y a los ciegos, la vista”; para “poner en libertad a los oprimidos” (cfr. Lc 4,18). S. Lucas se preocupa por mostrar en su relato que aquella palabra profética, proclamada por Jesús en la sinagoga de Nazaret, se cumplió en el hoy que había comenzado humildemente en el nacimiento del “Salvador, Mesías y Señor [...] envuelto en pañales y recostado en un pesebre” (cfr. Lc 2,11-12) y se había manifestado públicamente en la ciudad

---

<sup>17</sup> Es evidente que las tres parábolas recogidas en Lc 15,3-32 y, en particular, la tercera de ellas ofrecen la respuesta de Jesús a las murmuraciones de los escribas y fariseos a las que se refiere el evangelista en 15,1-2.

donde se había criado (Lc 14,16); pero dicho cumplimiento no tuvo lugar sólo en lo que se refería a la proclamación teórica de la misericordia, sino además en la propia actuación misericordiosa del profeta Jesús en favor de los pobres y oprimidos, cuya situación lo conmovía como al padre la vuelta del hijo a la casa (cfr. 7,13).

La importancia del referido relato de la vocación de Leví, el publicano, como expresión acabada de la actuación misericordiosa de Jesús queda resaltada por el hecho de que, hasta ese momento de su Evangelio, es el único que ha contado S. Lucas como tal llamamiento; de ese modo muestra en el propio relato que la actuación del Nazareno implicaba una transformación total de los valores religiosos y que en su hoy se realizaba de hecho “la misericordia que tuvo con nuestros padres” (5,27-28).

### *La mujer pecadora (7,36-50)*

Algunos capítulos más adelante, el lector vuelve a encontrarse con otra escena cargada también de simbolismo en relación con la consideración de Jesús como presencia viva de la misericordia de Dios (7,36-50) en el Evangelio según S. Lucas. En este caso nos encontramos en la casa de un fariseo, que había rogado a Jesús que fuera a comer con él (7,36a); el evangelista calla en un primer momento el nombre de este nuevo anfitrión del Profeta de Nazaret, como queriendo indicar con ello que la escena no se va a centrar en el fariseo;<sup>18</sup> en efecto, tras referirse muy brevemente a la citada invitación y a la aceptación de la misma por parte de Jesús (7,36), el relato focaliza la atención en una mujer, de la que dice inmediatamente que es “una pecadora” deteniéndose en su gesto de homenaje a Jesús (7,37-39).<sup>19</sup> La acción de la mujer provoca la reacción

<sup>18</sup> El nombre del fariseo, “Simón”, no aparece en el relato hasta la respuesta que ofrece Jesús a las dudas que había suscitado el comportamiento del Maestro con aquella mujer (7,40), repitiéndose dos veces más en dicha respuesta (7,43 y 44); anteriormente se había hablado de él diciendo que era “un fariseo” (7,36 y 37; cfr. 7,39). El hecho, ciertamente llamativo y discutido por los comentaristas desde distintos puntos de vista (cfr., p.ej., FITZMYER, J.A., *Evangelio según Lucas*, II, 696-697.700), podría explicarse por el deseo de S. Lucas de presentar la reacción de aquel hombre ante la actuación de Jesús como algo perfectamente lógico en alguien que pertenecía al grupo de los fariseos, pero con quien Jesús, pasando por alto tal pertenencia, quiso entrar en diálogo personal y por ello se dirigió a él por su nombre.

<sup>19</sup> En el conjunto del Evangelio resulta evidente que semejante calificativo representa para el fariseo un contraste con su propia condición; de hecho, fariseos y pecadores representaban dos grupos que aparecen más de una vez en claro contraste a lo largo del tercer Evangelio: cfr. ya en 5,17-26; 5,29-35; 15,1-2; 18,9-14; cfr. 7,29-30.

extrañada del fariseo (7,40), que, sin embargo, no exterioriza<sup>20</sup> y, sobre todo, la larga respuesta de Jesús; más allá de la complicada problemática de la interpretación del texto<sup>21</sup> y de su misma transmisión,<sup>22</sup> en las últimas palabras de la misma, el Maestro afirma la relación estrecha que existe entre el perdón de los pecados y el amor y, sobre todo, se muestra a sí mismo como el profeta enviado de Dios que puede perdonar los pecados:<sup>23</sup> “Sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho; pero al que poco se le perdona, ama poco” (Lc 7,47).

### *El hijo de la mujer viuda (7,11-17)*

En medio de los dos gestos a que acabamos de referirnos, cargados ambos de fuerza simbólica, el tercer evangelista nos cuenta una actuación de Jesús en Naín, una aldea insignificante a la que Lucas concede, como a Nazaret, el título de ciudad (7,11), precisamente porque en ella Dios visitó a su pueblo en la persona de Jesús (cfr. 7,16).<sup>24</sup> Cuando se acercaba a las puertas de Naín, se encontró con un panorama desgarrador: “Sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que

---

<sup>20</sup> En este sentido Simón se distingue claramente de los “fariseos y [sus] escribas”, quienes murmuraban abiertamente de Jesús (cfr. 5,30; 15,2); no en vano había rogado a Jesús que compartiera la mesa con él (7,36), seguramente porque se planteaba Simón la posibilidad de que el Nazareno fuera “profeta” (7,39) y le reconocía cierta autoridad, pues se dirige a él llamándolo “maestro” (7,40).

<sup>21</sup> La dificultad de la interpretación tiene que ver con la aparente contradicción entre las afirmaciones de 7,47a-b y la de 7,47c: de acuerdo con 7,47a-b, las muestras de amor de la mujer hacia Jesús (7,37-39) –cuyo valor resalta este último en las palabras que dirige a Simón contraponiéndolas a la ausencia total de gestos parecidos en el caso de este último (7,44-46)– serían la explicación de los (muchos) pecados que le han sido perdonados. Frente a ello, la continuación de la frase en 7,47c parece suponer el movimiento contrario, es decir, el (poco) amor de una persona sería la consecuencia lógica de lo (poco) que se le había perdonado. Es muy posible que la armonización de esas dos perspectivas pase por la aceptación de ambas: la actuación de Dios precede sin duda a cualquier acción humana; en este caso, el perdón divino es anterior al amor que nosotros podamos manifestarle y es la raíz de dicho amor; pero este último es la expresión necesaria del perdón recibido: cfr. en este sentido, BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, I, 558.

<sup>22</sup> El códice D ha eliminado la dificultad a que nos hemos referido en la nota precedente suprimiendo el “porque” (οτι) de 7,47: cfr. FITZMYER, J.A., *El Evangelio según Lucas*, II, 704.

<sup>23</sup> Semejante perspectiva, que se concreta en la pregunta que se hacen los demás comensales (7,49), corresponde a la que domina el entero capítulo, centrado “en la visita salvadora de Dios y la identidad de su mensajero”: BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, I, 545.

<sup>24</sup> Sobre el sentido de 7,16 en relación con la afirmación de Zacarías sobre la visita del sol que nace de lo alto, cfr. *infra* p. 85.

era viuda” (7,12). Al narrar el milagro, el evangelista habla antes que nada del difunto, porque de hecho es él a quien resucita Jesús; pero no cabe duda de que en la frase correspondiente la atención se dirige inmediatamente hacia la madre, viuda y, por ello mismo, desprovista, con la muerte de su hijo, del único elemento de esperanza de futuro;<sup>25</sup> en apenas medio verso Lucas crea una escena de enorme y cocentrado dramatismo, con una acumulación singular de desgracias.<sup>26</sup> No es extraño que el evangelista señale inmediatamente que “al verla, al Señor se le conmovieron las entrañas” (7,13); el verbo utilizado es el mismo que encontraremos más adelante en la parábola del “hombre que tenía dos hijos”, al dar cuenta de la reacción del primero cuando vio de lejos, volviendo a casa, al hijo menor que le había pedido la parte de la fortuna que le pertenecía, había marchado a tierras lejanas y se había degradado en su condición de hijo hasta el punto de verse obligado a criar cerdos (15,12-15.20).<sup>27</sup> La referida parábola habla de Dios, de su forma de comportarse ante la miseria humana.<sup>28</sup> Que de Jesús se predique un sentimiento que también se predica de Dios supone afirmar indirecta pero claramente que el profeta de Nazaret era “el sol que nace de lo alto”, en el que Dios visitaba realmente a su pueblo movido por su “entrañable misericordia” (cfr. 1,78).<sup>29</sup> Es lo que reconocieron los habitantes de Naín después de que Jesús resucitara al joven y se lo entregara a su madre (7,14-15: “todos, sobrecogidos [...], daban gloria a Dios, diciendo: “Un gran Profeta ha surgido entre nosotros”, y “Dios ha visitado a su pueblo”” (7,16).<sup>30</sup> En Jesús se hizo presente el Dios de la misericordia, que se conmueve ante la miseria humana y la supera. Se hizo y se sigue haciendo presente; porque el hoy que ha irrumpido con Jesús se prolonga a lo largo de la historia, hasta que lo veamos venir en su gloria como lo vieron los discípulos cuando subió al cielo (cfr. Hch 1,11b).

---

<sup>25</sup> Cfr. FITZMYER, J. A., *El Evangelio según Lucas*, II, 646; GRASSO, S., *Luca. Traduzione e commento*, Roma 1999, 215.

<sup>26</sup> BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, I, 511.

<sup>27</sup> Lo mismo que en 7,14, también en 15,20 se alude primero a la visión y luego a la conmoción, la misma sucesión que en la parábola del samaritano compasivo: cfr. *infra* p. 91.

<sup>28</sup> Cfr. *supra* p. 81.

<sup>29</sup> El uso de este verbo implica “una caracterización de Jesús como Mesías, en el que está presente la misericordia de Dios”: KÖSTER, H., “*πλαγχθων κτλ*”, ThWNT VII (1964) 554, citado por BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, I, 512, n. 45.

<sup>30</sup> La relación entre la afirmación del pueblo y las palabras de Zacarías en su cántico es más que evidente y pone de manifiesto la dimensión cristológica del relato: cfr. BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, II, 516.

### 3. LA MISERICORDIA DE DIOS Y LA LIBERTAD HUMANA

#### *Acoger la misericordia*

##### a) La vocación de Leví

Más arriba me he referido al texto de la llamada de Leví,<sup>31</sup> que Lucas, como Mateo, ha tomado seguramente de su fuente Marcos.<sup>32</sup> Las tres versiones del hecho señalan que, ante las críticas que dirigían a Jesús porque comía con los publicanos y pecadores, el Maestro respondió señalando que él no había “venido a llamar justos, sino pecadores” (Mc 2,17b; Mt 9,13; Lc 5,32). Pues bien, llama la atención que sea precisamente el evangelista de la misericordia quien amplíe semejante respuesta añadiendo que la llamada dirigida a los pecadores se ordena a que estos “se conviertan” (cfr. 5,32b).

Esta enseñanza, transmitida de forma explícita en relación con la llamada de Leví, primera gran manifestación de la misericordia divina encarnada en Jesús, se halla implícita en varios de los otros pasajes en los que Lucas presenta al profeta de Nazaret como presencia del Dios de la misericordia entrañable: a algunos de ellos –la parábola del padre misericordioso y la escena de la mujer pecadora que unge a Jesús en casa del fariseo– me he referido ya y no es preciso reiterar el mensaje que transmiten al lector en relación con nuestro tema.

##### b) El fariseo y el publicano (18,9-13)

De los otros, me limitaré a decir una palabra sobre dos de ellos, que representan los dos polos de la actividad de Jesús que han venido apareciendo a lo largo de esta exposición: es decir, la enseñanza teórica (sobre todo en parábolas) y los hechos. El primero de estos polos lo sintetiza de manera extraordinaria la parábola del fariseo y del publicano (18,9-13), que también es exclusiva del tercer Evangelio; el centro de la misma lo ocupa, sin duda, el contraste enorme entre los dos personajes:<sup>33</sup>

<sup>31</sup> Cfr. *supra* p. 81-82.

<sup>32</sup> Es la opinión común de los exegetas, que, sin embargo, dan cuenta también de la tarea redaccional de Lucas: cfr. p.ej. FITZMYER, J.A., *El Evangelio según Lucas*, II, 526-528.

<sup>33</sup> El contraste se adelanta en la indicación inicial de que Jesús dijo esta parábola “a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás” (18,9).

el fariseo, satisfecho de su propia justicia y en clara postura de autoafirmación (el texto dice: “erguido”), “oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano”” (18,11); este último, quedándose atrás, es decir, adoptando una evidente postura de humillación,<sup>34</sup> “no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador””. Sin embargo, no cabe duda que, en relación estrecha con este centro y como consecuencia del mismo, la parábola transmite además el mensaje de la necesidad de reconocer el propio pecado como paso indispensable para ser justificados delante de Dios, según el vocabulario de la parábola (18,14), o, expresado en relación con la temática que estamos abordando en esta charla y con términos del autor de la Carta a los Hebreos, para comparecer ante el trono de la gracia y alcanzar misericordia (cfr. Heb 4,16).

### c) El malhechor arrepentido: Lc 23,32-33.39-43

Un hecho cargado de significación en relación con el punto en el que nos encontramos nos lo ofrece uno de los impresionantes cuadros en los que S. Lucas, como los demás evangelistas, distribuye el relato de la crucifixión y en el que amplía significativamente un dato de la tradición; se trata de la escena de los dos malhechores que fueron crucificados con Jesús “uno a la derecha y otro a la izquierda” (Lc 23,33).<sup>35</sup>

El mismo hecho de que Jesús fuera colocado entre ellos manifiesta que es él quien ocupa el centro de la escena. De hecho, aunque nada permitía percibirlo, el que colgaba de la cruz como “rey de los judíos” (23,38) era en verdad “el Mesías de Dios, el Elegido” (23,35), “el sol que nace de lo alto”, fruto amoroso de la misericordia entrañable del Padre de las misericordias, que también allí “tenía dos hijos”; y allí les salía al

<sup>34</sup> El propio Jesús la interpreta de este modo, cuando indica la razón de por qué el publicano “bajó a casa justificado y aquel no”: “el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido” (18,14b).

<sup>35</sup> El dato es referido por los cuatro evangelistas (Mc 15,2; Mt 27,38; Jn 19,18), añadiendo algunos de ellos (Mc 15,32b y 27,44) que los dos crucificados se unían a los insultos que dirigían a Jesús “los que pasaban” (Mc 15,29; Mt 27,39), “los sumos sacerdotes” (Mc 15,31) con los escribas y los ancianos” (Mt 27,41), “los magistrados” (Lc 23,35) y “los soldados” (Lc 23,36). Lucas amplía la escena, especificando los insultos, atribuyéndoselos de forma exclusiva al ladrón impenitente y creando un diálogo entre el buen ladrón y Jesús que se resuelve en la promesa de la salvación definitiva que este le promete.

encuentro en su Hijo, dispuesto a abrazarlos, llenarlos de besos, ponerles la mejor túnica, un anillo en la mano y sandalias en los pies, comer y celebrar con ellos un banquete (cfr. 15,11.20b-23).

Ahora bien, solo uno de los dos malhechores fue capaz de descubrir en la cruz del Nazareno el signo paradójico de la salvación que ofrecía aquel Mesías-Señor crucificado. A diferencia de su compañero de fechorías, que insultaba a Jesús y pretendía de él una salvación inmediata del suplicio que estaban sufriendo los tres (23,39), solo él fue capaz de reconocer en la cruz del Nazareno el signo paradójico de la salvación que ofrecía aquel Mesías-Señor crucificado y pedirle participar de ella (23,42). Por dicha razón, solo para él se convirtió aquel encuentro, casual pero extraordinario, en hoy de salvación:<sup>36</sup> “Jesús le dijo: “En verdad, en verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el paraíso”” (23,43). Jesús fue para él el “Salvador, el Mesías, el Señor” anunciado por el ángel a los pastores en el hoy de Belén (Lc 2,11).<sup>37</sup>

### *Contagiados de misericordia*

El encuentro con Jesús fue hoy de salvación también para Zaqueo, jefe de publicanos y rico, que en su deseo de ver a Jesús a su paso por Jericó, tuvo que subirse a una higuera salvaje, porque era pequeño de estatura (19,1-4).<sup>38</sup> A su voluntad y esfuerzos por ver al Nazareno,<sup>39</sup> este

<sup>36</sup> “La precisión “hoy” no se refiere al “día concreto de la crucifixión”..., sino al día de la “salvación mesiánica inaugurada por la muerte de Jesús””: FITZMYER, J.A., *El Evangelio según Lucas*, IV, Madrid 2005, 505.

<sup>37</sup> La relación entre el anuncio de los pastores y el diálogo con los dos malhechores la muestran claramente, no sólo el uso del adverbio “hoy” en ambos casos, sino las resonancias de los títulos salvador y mesías en las palabras con que se dirige a Jesús el ladrón impenitente (23,39) y que repiten de hecho las que habían pronunciado los presentes (cfr. 23,35.37). Jesús es crucificado y muere como Mesías y salvador, de modo que su crucifixión abre el hoy de la salvación para cuantos, como el ladrón arrepentido, reconozcan su condición real y se acojan a su poder salvador: cfr. sobre ello FITZMYER, J.A., *El Evangelio según Lucas*, IV, 501.

<sup>38</sup> La importancia de este encuentro, que se produce casi al final del camino hacia Jerusalén, queda subrayada por el uso del adverbio “hoy” que el evangelista ha venido usando desde el anuncio del nacimiento de Jesús que hizo el ángel a los pastores y que reaparece, por última vez, en la respuesta de Jesús al ladrón arrepentido poco antes de que entregara su espíritu al padre y expirara.

<sup>39</sup> La doble referencia al deseo de ver a Jesús (19,3 y 4), el esfuerzo realizado para superar las dificultades que le impedían cumplir dicho deseo y, sobre todo, el eco que encontró todo ello en Jesús y la reacción del jefe de publicanos impiden concluir que el móvil de la actitud inicial de este último fuera la simple curiosidad, comparable a la de Herodes (cfr. Lc 9,9 y 23,8). “Ver” es para S. Lucas, lo mismo que para S. Juan, “una metáfora del conocimiento, del amor o de la fe”: cfr. BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, III, 337.

respondió devolviéndole la mirada y manifestántole su propio deseo de hospedarse en la casa del jefe de publicanos (19,5). Cabe imaginar que la autoinvitación del Nazareno, que es presentada como expresión de la voluntad del mismo Dios,<sup>40</sup> debió de resultar inesperada a Zaqueo y seguramente lo cogería de sorpresa; pero más allá de lo inesperado y de la sorpresa que pudiera causarle, acogió la visita del sol que nace de lo alto y dejó que su luz iluminara sus propias tinieblas, es decir, “se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento” (19,6).

También en este relato, otro de los que son exclusivos del tercer Evangelio, se refleja el tema de la necesidad de acoger la misericordia de Dios, que hemos desarrollado en el punto anterior. Porque, de hecho, Zaqueo hubiera podido no acoger a Jesús. Precisamente para resaltar dicho mensaje, el evangelista establece, una vez más, un fuerte contraste en su relato; el contraste afecta, en esta ocasión, a la rapidez y alegría de Zaqueo recibiendo a Jesús en su casa y a las murmuraciones de los que contemplaban la escena. S. Lucas indica que en esta ocasión quienes murmuraban eran “todos”, una hipérbole más que evidente y que revela tal vez el interés de referir el relato a una comunidad demasiado reticente en la acogida de los pecadores.<sup>41</sup> El objeto de las críticas es el mismo que habíamos encontrado con motivo de la llamada de Leví<sup>42</sup> y en la referencia a las circunstancias que provocaron la parábola del padre misericordioso y las otras dos que había dicho Jesús anteriormente: “haber entrado a hospedarse en casa de un pecador” (19,7). De hecho, el episodio “cierra la parte del relato del viaje que se ha denominado “evangelio de los proscritos”:<sup>43</sup> La actitud adoptada impidió que aquel paso del Maestro por Jericó fuera para ellos un hoy de salvación, como lo fue para Zaqueo, cuya vida cambió radicalmente.

---

<sup>40</sup> Este es, como se sabe, el sentido de la expresión “es necesario” (en griego *dei*, una forma impersonal del verbo *deomai*), que Lucas repite una y otra vez a lo largo de su relato, concentrando en una sola palabra, brevísima, el proyecto salvífico de Dios (cfr. sobre ello FITZMYER, J.A., *El Evangelio según Lucas*, I, 301), que va desarrollándose en el hoy de cada hombre y cada mujer que acoge ese proyecto con el corazón abierto y disponible.

<sup>41</sup> También BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, III, 140, reconoce en el “todos” una intención actualizante, que interpreta, sin embargo, en relación con “la experiencia de los primeros cristianos, testigos de la resistencia de Israel al nuevo mensaje”.

<sup>42</sup> La relación entre este relato y el de Leví es tan señalada, que algunos comentaristas lo han considerado aquel un segundo desarrollo lucano de la tradición sobre el publicano a quien Jesús llamó a seguirle: cfr. la discusión en FITZMYER, J.A., *El Evangelio según Lucas*, IV, 54; BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, III, 329.

<sup>43</sup> FITZMYER, J.A., *El Evangelio según Lucas*, IV, 53.

Es en este cambio donde recae el acento de la parábola: el jefe de publicanos pasó de ser oficialmente “un pecador”<sup>44</sup> a que Jesús lo señalara como “hijo de Abrahán” (19,9b). Pero cabe señalar que semejante consideración y la indicación sobre la entrada de la salvación en casa de Zaqueo (19,9a) aparecen en el relato después de que el jefe de publicanos, enriquecido seguramente con el aumento exagerado injusto de los impuestos debidos a Roma,<sup>45</sup> hubiera añadido a la prontitud y alegría con que acogió a Jesús en su casa la disposición a dar la mitad de sus bienes a los pobres y devolver cuatro veces más a las personas a las que había defraudado en el ejercicio de su función recaudadora (19,8); es más, tal disposición se introduce en contraste evidente con las críticas dirigidas por “todos” a Jesús: “*Pero* Zaqueo, de pie, dijo al Señor: “Mira, Señor, la mitad de mis bienes...”<sup>46</sup> El encuentro con la misericordia de Dios que, en Jesús, había entrado y atravesado Jericó, contagió a Zaqueo de misericordia. Sin haberlo escuchado, aquel “jefe de publicanos y rico” realizó el ideal de santidad que el maestro de Nazaret había proclamado en la llanura: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso”.

El tiempo impide que nos detengamos en los famosos resúmenes de los Hechos de los Apóstoles, donde el referido ideal se presenta como propuesta para la vida ordinaria de toda comunidad cristiana (Hch 2,42-47; 4,32-5,11).<sup>47</sup> Por ello me mantengo en el marco del tercer Evangelio y señalo que también la enseñanza sobre la misericordia contenida en el episodio de Zaqueo la había transmitido el Señor en otra de las parábolas propias de S. Lucas, a saber la que se conoce como Parábola del Buen Samaritano (10,30-35).

Como es bien sabido y señala el tercer evangelista, Jesús contó esta parábola en el marco de la pregunta que le había hecho un maestro de la Ley sobre la vida eterna y que, ante la respuesta de Jesús invitándolo a cumplir lo que decía la Ley sobre el amor a Dios y al prójimo (10,25-28),

---

<sup>44</sup> El calificativo de “pecador” que dan los críticos a Zaqueo colorea de negatividad su presentación inicial, aparentemente neutra, como “jefe de publicanos y rico”; sobre esta presentación, cfr. nota siguiente.

<sup>45</sup> Sobre los acentos negativos del apelativo “publicano” en el tercer evangelio, que lógicamente resultan superlativos en el caso de los “jefes de publicanos” como Zaqueo, cfr. FITZMYER, J.A., *El Evangelio según Lucas*, IV, 534-535; GÓMEZ ACEBO, I., *Lucas*, 424; GRASSO, S., *Luca*, 489; FABRIS, R., *Gesù il “Nazareno”*. *Indagine storica*, Asís 2011, 329-331.

<sup>46</sup> La partícula *de* (“pero”) que marca el paso del 19,7 a 19,8 debe interpretarse, pues, en sentido estrictamente adversativo.

<sup>47</sup> Sobre esta relación, cfr. GRASSO, S., *Luca*, 490.

le había planteado una nueva pregunta: “¿Y quién es mi prójimo?” (10,29).

Conocemos sobradamente la secuencia de la parábola y también el nuevo y señalado contraste entre de un sacerdote y un levita, por un lado, y un “samaritano”, por otro: los tres se encontraron con un hombre que en el camino de Jerusalén a Jericó fue asaltado por unos bandidos que lo habían molido a palos, dejándolo medio muerto (10,30). El referido contraste lo anuncia el “pero”<sup>48</sup> con el que se pasa de la referencia a los primeros, a la presentación de la figura y la actuación del tercero. Mientras que aquellos, al ver al hombre malherido, dieron un rodeo y pasaron de largo (10,31-32), el samaritano “llegó adonde estaba él y, al verlo, se le comovieron las entrañas por él, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”” (10,33-35).

La parábola se cierra con una nueva pregunta de Jesús al maestro de la Ley, a la que este responde tan “correctamente” como había hecho en la primera parte del diálogo: “¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?”, le pregunta Jesús; él dijo: “El que practicó la misericordia con él” (10,36-37). Lo correcto de la respuesta facilita la conclusión del profeta nazareno: “Anda y haz tú lo mismo”. Es decir, Jesús conduce desde la teoría a la práctica, desde el teórico “¿quién es mi prójimo?” que ocupaba a los maestros de la Ley en sus discusiones escolásticas sobre esta última,<sup>49</sup> al ejercicio de la proximidad, es decir, a ser prójimo de cualquier persona necesitada que encontremos en el camino de la vida. Ser prójimo, conmoviéndose ante los muchos a quienes la vida muele a palos y deja malheridos, medio muertos. Conmoviéndose como el padre de la parábola cuando vio de lejos al hijo que volvía a casa; o como Jesús, cuando vio a aquella mujer viuda de Naín, cuyo único hijo iba a ser enterrado.<sup>50</sup> Conmoverse y actuar. Actuar como prójimo practicando la misericordia; es decir, haciendo

<sup>48</sup> El “pero” castellano traduce, también aquí, un simple *δε* griego, que tiene, como en 19,9, un claro sentido adversativo: cfr. *supra* p. 90, n. 46.

<sup>49</sup> Cfr. sobre ello, BARTOLOMÉ, J.J., *Jesús compasivo*, 177 n. 161.

<sup>50</sup> La relación entre estos tres pasajes la evidencia la secuencia de los verbos “ver” y “conmoverse las entrañas” en los tres casos (7,13 –resurrección del hijo de la viuda de Naín–; 10,33 –samaritano compasivo– y 15,20 –parábola del padre misericordioso–).

presente con la propia actuación la misericordia de Dios que se encarnó en el hijo de María.

#### CONCLUSIÓN EN PERSPECTIVA ESCATOLÓGICA: PARÁBOLA DEL RICO Y EL POBRE LÁZARO (16,19-31)

La parábola del Buen Samaritano evidencia que el mensaje lucano sobre la misericordia incide directamente en las relaciones interpersonales: más allá de las separaciones establecidas por las razones que sea, más allá de las barreras sociales, más allá de la ley, que al decir de S. Pablo, provoca ira (cfr. Rom 4,16), está el Dios de la misericordia que nos ha mostrado su misericordia y se hace prójimo en cualquier hombre, en cualquier mujer necesitados. No hay escapatoria: cualquier persona es mi prójimo; somos prójimo de todos y con todos hay que actuar como tales, es decir, practicar la misericordia.

Lo que puede ocurrir si no se capta este mensaje claro de Jesús, si no se acoge su Evangelio, lo cuenta él mismo en otra parábola, exclusiva también de S. Lucas, sobradamente conocida y particularmente expresiva. Me estoy refiriendo a la que llamamos del rico Epulón y el pobre Lázaro. Bien entendido que en esta “historia ejemplar” contada por Jesús y frente a lo que ocurre con el pobre, no se menciona el nombre del rico, que es solo eso “el rico”, el cual, como expresión visible de su condición de tal, “se vestía de púrpura y de lino y banquetecía cada día” (16,19).<sup>51</sup> Lo mismo que las otras que hemos ido comentando, también esta parábola se desarrolla sobre la base de contrastes muy marcados, que afectan al mismo hecho de que uno no tuviera nombre y el otro sí;<sup>52</sup> a la condición de los dos personajes, un hombre rico y un pobre; a la expresión visible de la condición del uno y del otro: el rico “se vestía de púrpura y de lino y banquetecía cada día” (16,19), mientras que el mendigo “estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros venían y le lamían las llagas”

---

<sup>51</sup> Sólo el P<sup>75</sup> indica que el rico se llamaba “Neues”, posible abreviatura de “niniues”, que algunos explican en relación con Nínive, la capital del Imperio asirio. El nombre de Epulón que se le ha dado en la tradición española representa una especie de tautología, apoyada en el tenor de vida del rico: cfr. sobre todo ello FITZMYER, J.A., *El Evangelio según Lucas*, III, 754-755; BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, III, 152-153.

<sup>52</sup> El nombre del pobre, Lázaro, es, como se sabe, muy significativo: “Dios ayuda” y, en ese sentido, adelanta el desenlace de la parábola: frente al rico, “enterrado”, conducido “al hades” y sometido a “los tormentos”, Lázaro “fue llevado al seno de Abrahán” (16,22-23).

(16,20-21); finalmente, tras pasar ambos por la experiencia común de la muerte (“Sucedió que murió el mendigo [...] Murió también el rico y fue enterrado”), el contraste se revela en la suerte tan dispar que le tocó a uno y otro y de la que se habla en dos momentos sucesivos: primero indicando que, mientras Lázaro, mencionado ahora en primer lugar, “fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán”, “el rico” fue simplemente “sepultado” (16,22), y luego refiriéndose a la visión de Abrahán, y de Lázaro en su seno, por parte del rico, que se encontraba, a su vez, en el hades, lugar de tormentos (16,23).<sup>53</sup>

A partir de la indicación sobre el enterramiento, la parábola sólo habla del rico. El lacónico “fue enterrado” se desarrolla en el diálogo angustioso que sostiene desde el hades con el padre Abrahán, en cuyo seno se encontraba Lázaro: a la súplica de piedad por parte del rico, convertido ahora él mismo en mendigo (16,26), responde Abrahán presentando la actual situación de tormento de aquel y de consuelo de Lázaro en relación estrecha y de oposición con la que vivieron uno y otro durante su existencia terrena (16,25) y, sobre todo, como una situación definitiva e insuperable (16,26); cruzado el umbral de la muerte, hay entre Abrahán y los que se encuentran en su seno y los que están en medio de las llamas y los tormentos del hades un abismo infranqueable. Al rico no le valen, por ello, ni sus súplicas insistentes ni su condición de hijo de Abrahán, reiterada por tres veces en el apelativo “padre” con que se dirige a este (16,24.27.30).<sup>54</sup>

El abismo del que habla Abrahán lo ha creado el propio rico con su actitud y comportamiento inmisericordes frente al mendigo Lázaro. Resulta evidente que las palabras del Patriarca sobre la inversión de situaciones deben leerse desde la descripción con que se abría el relato; no se va al seno de Abrahán por ser pobre o al lugar de los muertos por ser rico. Que las dos veces que el rico habla de Lázaro en su súplica lo haga

---

<sup>53</sup> La asociación del “hades” con los tormentos impide entenderlo en este texto como sinónimo del “sheol”, lugar de los muertos, siendo preferirse vincularlo a la “gehenna”, “lugar del tormento de fuego” (cfr. BÖCHER, O., “γεέννα”, en *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, I, H. Balz y G. Schneider [ed.], Salamanca 1996, 719) y, de acuerdo con las palabras de Abrahán, de un fuego que es eterno.

<sup>54</sup> No parece que Abrahán sea invocado aquí como “padre” en el sentido de simple antepasado (ásí interpreta BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, III, 157 y, en un sentido muy parecido, GÓMEZ ACEBO, I., *Lucas*, 455); la triple repetición del apelativo parece reflejar más bien la confianza judía en el poder intercesor de Abrahán, “padre de todos los judíos” (FLAVIO JOSEFO, *Antiquitates* XIV,10,12) en el momento del juicio: cfr. FITZMYER, J.A., *El Evangelio según Lucas*, III, 761. Frente a esta confianza, las palabras de Abrahán aseguran que su paternidad no es en modo alguno garantía de salvación para el rico: GRASSO, S., *Luca*, 440.

utilizando el nombre de este último constituye un signo evidente de que conocía al mendigo y su situación de miseria y abandono y que, por ello mismo, era responsable de la misma:<sup>55</sup> el destino final del rico lo determinó él mismo con su actuación frente al hermano necesitado.

Tal vez habría que señalar que en la parábola es Abrahán, no Dios, quien dialoga con el rico y le explica las cosas. En este detalle podría descubrirse una puerta abierta a una posible actuación de la misericordia divina más allá de las conclusiones que se siguen con toda lógica del mensaje de Jesús sobre la misericordia en esta parábola. En último término, Dios es Dios; y lo es siempre y por encima de todo.

Pero antes de intentar escapar de las conclusiones evidentes de la parábola por esta puerta, que podría resultar falsa, conviene mantenerse en la perspectiva de Jesús y leer la parábola en lo que tiene de advertencia para cuantos podemos seguir escuchando la voz de Moisés y de los profetas, que continúan siendo expresión adecuada de la voluntad divina en el hoy de la salvación que ha comenzado en Jesucristo (16,29). De hecho la exigencia de justicia frente a los pobres y necesitados forma parte esencial de la tradición veterotestamentaria.<sup>56</sup>

En ese hoy de la salvación que ha irrumpido en Jesús, la advertencia lo es a actuar de acuerdo con el Evangelio de la misericordia, sin esperar para ello a que resucite un muerto. A superar este deseo, expresado por el rico en medio de su angustia (16,30),<sup>57</sup> invitan al lector de la parábola los ecos más que claros que se escuchan en ella del cántico que entonó María al principio del Evangelio: al evocar la misericordia que llega a los fieles de generación en generación, la doncella de Nazaret concretó las proezas del Poderoso en los siguientes términos: “Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos” (1,53). Tales palabras son, a mi entender, el anticipo poético de la dureza con que se expresa el hijo de la Virgen en la parábola que estamos comentando.<sup>58</sup>

---

<sup>55</sup> Cfr. FITZMYER, J. A., *El Evangelio según Lucas*, III, 761.

<sup>56</sup> Cfr. GRASSO, S., *Luca*, 441.

<sup>57</sup> Los últimos compases de la parábola en 16,30-31, parecen ser expresión del esfuerzo lucano por dar al conjunto un toque cristiano: cfr. BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, III, 146.161; de hecho la referencia a la resurrección de un muerto (16,31) es una alusión muy clara a la propia resurrección de Jesucristo: cfr. GRASSO, S., *Luca*, 442; GÓMEZ ACEBO, I., *Lucas*, 457.

<sup>58</sup> Sobre la relación de la parábola con estos compases del Magnificat, cfr. BOVON, F., *El Evangelio según S. Lucas*, III, 143; GRASSO, S., *Luca*, 439.

Es evidente: nuestro destino eterno tiene que ver con la misericordia, depende de ella; de la de Dios con nosotros y de la que nosotros, contagiados de aquella, mostremos frente a los más necesitados. En este sentido no cabe duda de que la misericordia puede ser considerada núcleo del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.